



Microrrelatos de Aviento y Navidad

@pacogarcía

I

Dormía siempre con la ventana abierta, y así la dejaba cuando, por las mañanas, se iba a trabajar. No era extraño que pasara frío y que el catarro fuera un amigo casi permanente e incluso alguna que otra vez le entraron a robar. Por eso muchos no entendían por qué se empeñaba en mantener esa manía.

Un día, al entrar en el dormitorio, se encontró de frente con un pequeño niño que todavía estaba descolgándose de la ventana hacia dentro y, al cruzar las miradas, la luz del día entro en la casa para siempre.

II

No había nieve, aunque hacía mucho frío. No se veían estrellas, aunque por la calle lucían presumidos letreros de todo tipo. No había pastorcitos en los caminos, pero la cola del paro permanecía en la acera del barrio. No había portal y nadie se fijaba en las esquinas olvidadas en las que algunos se ofrecían un poco de calor entre cartones. Los anuncios apenas conseguían apagar los anhelos del corazón, aunque los dormían por momentos. Y fue entonces, de repente, cuando con un gemido nocturno de dolor el amor encontró un resquicio para darse a luz y la esperanza se hizo carne en un parto de vida para todos.

III

La visita le había descompuesto el ritmo de ocupaciones diarias que, programadas con detalle, le movían de un lado a otro sin pararse a pensar y sentir la vida que vivía. Alguno podría haberle dicho que estaba bajo los efectos del síndrome de Estocolmo, pero ¿quién?, si estaban todos secuestrados corriendo de aquí para allá.

La visita, esa visita que no terminaba de saber tratar, que le incomodaba y a la que no quería decir que se marchara, le dijo: “Sal fuera”. Y tuvo la sensación de que la agenda le dejaba de apretar. Cuando, por fin, la visita se marchó, salió a la calle con una sensación extraña porque, aunque sabía lo que tenía que hacer ahora no sabía muy bien cómo hacerlo. Sin embargo, pasado un tiempo, la alegría salpicaba todos los días de su agenda.

IV

Había entrenado mucho. Desde pequeño echaba pulsos con la realidad para someterla. Ahora se había convertido en un maestro de aquel juego de poder en el que o se vencía o se caía humillado. Cada día que pasaba, sin embargo, se sentía más viejo y la realidad le parecía rejuvenecer exuberante y fuerte a costa suya. Y así fue como empezó a escuchar en su corazón latidos de agotamiento.

Fue entonces cuando se fijó en el hijo de unos amigos. Un recién nacido que se dejaba querer y, así, suscitaba amor y vida a su alrededor. No supo muy bien por qué, pero desde ese día empezó a buscar, con la imagen del niño en sus entrañas, cómo salir del camino de la omnipotencia.

V

“¡Que le corten la cabeza!”. La frase se oía de edad en edad como un eco inagotable que no dejaba crecer otras palabras que no fueran las que salían de la boca del príncipe de este mundo. Sin embargo, en ciertos parajes olvidados siempre se podían advertir susurros que buscaban nacer libres antes de que los abortara la guardia del palacio.

Un día, como si estuviera profetizado en una leyenda antigua, un silencio sereno, acogedor, se abrió paso como un relámpago en la noche. Un silencio vivo que no dejaba de llamar a los que vivían acobardados para que levantaran la cabeza con esperanza. Desde entonces nadie supo cómo acallar este silencio.

VI

La casa, que se había construido con tanto esfuerzo y que había acogido tantas alegrías, había perdido su encanto. De la noche a la mañana había aparecido una profunda e inesperada grieta en la pared, y era como si el velo de la caducidad se hubiera apoderado de todo ahogando su color y su calor.

Un día, en medio de la grieta un desconchón atrajo la mirada de Balta y él, seguramente influido por los adornos de la calle, creyó distinguir la silueta de una estrella. Como cuando miraba a las nubes y se entretenía distinguiendo formas. Sin embargo, ese domingo oyó: “Brotará un renuevo del tronco viejo de Jesé”, y al volver a casa se fijó de nuevo en la grieta, aunque esta vez sonrió y se dejó abrazar de nuevo por el amor que le había acompañado desde siempre en ese hogar.

VII

Un bullicioso grupo de niños representaba unos entremeses de Navidad entre villancicos. Los acompañaban orgullosos sus profesores y alguna que otra madre. Junto a la puerta, una desconocida había dejado su mochila y asistía sonriente a la función. Al terminar preguntó dónde podía encontrar al protagonista de todo aquello que realmente la había emocionado. Unos y otros se miraban extrañados y no entendía la pregunta, por eso no supieron mostrarle el camino para ir.

Entonces, la mujer recogió la mochila y salió del salón sin saber si alguien podría guiarla o tendría que esperar otra señal del cielo como la que hace tiempo había despertado su corazón.

VIII

Desde que le dijeron que tenía que operarse no se le quitaba de encima el miedo. Miedo a la misma operación, aunque le dijeron que no era complicada, miedo al dolor, miedo a la impotencia, miedo al mismo miedo. Pero también miedo al futuro que le traería la nueva situación al no-futuro que, aunque se anunciaba como una posibilidad remota, estaba escrito en el prospecto.

Vivía un adviento diferente esas Navidades. Su corazón solo escuchaba el anuncio del ángel del miedo. La consolaba el ánimo de algunas amigas que le decían que todo iría bien, porque, aunque sabía que sus palabras seguramente no podían transformar la realidad, le dejaban en el corazón un poso de confianza en que algún día una palabra nueva disiparía todos los miedos y espantaría para siempre a todos sus esbirros.

IX

Siempre estaba en compañía de la soledad. No terminaba de saber muy bien el porqué, porque no era antipática, ni exigente, ni quisquillosa. Lo que sí notaba era que, a fuerza de sentir la indiferencia de los demás, su corazón había empezado a segregarse un sabor amargo que empapaba sus palabras.

Solo la adopción de un perro maltratado había conseguido cerrar aquella infección. Un perro herido que necesitaba sus mismos cuidados y que se iba curando a la vez que ella misma se curaba. Lo miraba y se daba cuenta de que desde que estaba él ya no había tanta amargura en su corazón y en sus palabras. Todo desde aquel 25 de diciembre en que encontró a Pulgas en una esquina olvidada y decidió llevárselo a casa.

X

Desde hacía un tiempo Mari vivía en un pequeño portal que tenía forma de silla de ruedas. No se pudo hacer más y tocaba acostumbrarse a la estrechez. Su marido, del que no se recuerda el nombre, la traía y la llevaba como si también él estuviera atado a aquel estrecho espacio de vida.

Si alguna vez hubo malas caras nadie lo vio, y alrededor de ellos solo se percibía afecto y una sobria delicadeza, humildad y un compromiso fiel. Pero lo que más llamaba la atención era que, aunque no fuera Navidad, cuando Mari sonreía, y era habitual verla con una sonrisa en la boca, la luz de la vida nacía para todos los que estaban alrededor.